

PRÓLOGO

Desentenderse o no del prólogo de un libro constituye una disyuntiva que concierne en exclusiva a su lector. Y poco más es lo que a este respecto cabe añadir. Con todo, y no solo como autor de este, sino sobre todo como visitante —y huésped agradecido— de muchos otros mejores que este, he de reconocer también que, salvo excepciones, mis vagabundeos por las generosas moradas de las letras suelen eludir en sus andanzas los atrios y zaguanes de proemios e introducciones. Así pues, quien decida detener aquí su lectura y trasladarse directamente al auténtico comienzo del libro cuenta con mi comprensión y aun con mi simpatía. En el ámbito de la literatura es la propia obra la que habla e interpela al lector, y es él quien, con su juicio y sensibilidad, le confiere sentido y, por ende, un lugar en el espacio de su universo personal.

Y es que, en contraste con mis menesteres habituales, centrados en el «intercambio de información» con otros filólogos, mi objetivo en esta ocasión es el de poner ante el lector una pequeña recopilación de textos latinos traducidos por mí sin otro propósito que el de brindarle un paseo literario que, confío, le resulte grato y ameno. De hecho, en un libro destinado al solo disfrute estético, una introducción de corte académico resultaría poco pertinente y hasta enfadosa. Más, si cabe, por el hecho de que la mayor parte de los pasajes que

lo integran ya están precedidos de sus propias presentaciones particulares, las cuales, sumadas a una cantidad relativamente abundante de notas, aclaran y contextualizan los aspectos más relevantes de cada uno de ellos.

Ahora bien: es posible que un texto que, en principio, no ha sido concebido sino como una amable excursión por el «más allá» romano pueda acaso suscitar también en los lectores alguna reflexión que trascienda el horizonte de la anécdota o la simple curiosidad. Por ello, y aunque no esté en mi ánimo realizar ninguna exposición sistemática sobre asuntos que otros ya han tratado de forma más solvente y ordenada —remito para ello a la bibliografía consignada al final de la obra—, quizás merezca la pena desarrollar en estas páginas algunas intuiciones que pueden acaso contribuir a repensar algunas de las cuestiones que nos van a salir al paso en el curso de nuestro viaje.

Uno de los principales obstáculos con los que topa el lector contemporáneo al tratar de acceder a los textos de la Antigüedad viene dado por el inconveniente de tener que avanzar —sin ser consciente de ello, por supuesto— a través de una atmósfera sutil que, aun invisible, tiñe la vida de colores extraños y poco reconocibles; en un mundo en el que la realidad evocada, por más que le resulte familiar en apariencia, no significa lo mismo que en el nuestro. No es que nos adentremos en una ciudad de calles y personajes desconocidos: la auténtica dificultad estriba en que esa urbe fue trazada y construida por unos individuos que contemplaban la realidad —y lo que ellos mismos eran como seres humanos— de forma muy diversa a nosotros. De ahí la imposibilidad de comprenderlos en su totalidad con nuestros ojos y criterios. Así pues, la más perentoria de las tareas de quien aspira a dar cuenta del contenido de un texto antiguo no es

tanto la de llevar a cabo la consabida contextualización histórico-cultural, con su manido y reiterado catálogo de nombres y fechas, sino, sobre todo, la de introducir al lector en un espacio intelectual y moral sumamente complejo y elusivo. Solo así será posible que los hechos reseñados —y con ellos las palabras— emerjan ante él en su plenitud significativa.

En ese sentido, el conjunto de espacios y personajes que hallaremos en nuestro paseo (la muerte —y los muertos—, el averno, los monstruos, la noche, los fantasmas, los sueños, la magia...) da cuenta de una percepción de la realidad que ubicaba al hombre romano —lo mismo que al resto de los hombres de la Antigüedad— en el marco de una «realidad encantada», fértil y afortunado concepto que debemos al sociólogo Max Weber y en el que merece la pena detenernos siquiera brevemente.

Frente a nosotros, habitantes de un mundo cuya consistencia se reduce a sus propiedades físicas o biológicas, el hombre de la Antigüedad —y, por supuesto, el hombre romano— se movía en un universo pregnante y, sobre todo, significativo. A sus ojos, los astros, los árboles, las piedras, los ríos o las bestias no eran meros entes clasificables con arreglo a una descripción taxonómica, fría y objetiva; para él eran, más bien, seres animados —esto es, seres con alma— que formaban parte de un todo orgánico, trascendente y dotado, también, de un alma universal que servía de sustento a todas las almas particulares. Más aún: para algunos incluso, cada uno de los elementos de ese universo formaba parte, además, de un alfabeto cuyas letras conformaban un libro arcano —el libro de la naturaleza— que podía ser descifrado y, así, proporcionar a quien supiera leerlo las claves secretas y misteriosas de la propia existencia hu-

mana. Así pues, su mundo no era, como el nuestro, un mero paisaje accidental, ciego e indiferente: a sus ojos, el universo no solo poseía un significado en sí mismo; también desempeñaba un papel decisivo y misterioso en el drama de la propia condición humana. Conscientes de su mortalidad y, por ello, zarandeados por el sinsentido de una existencia precaria y dolorosa, los hombres de la Antigüedad trataron de hallar respuesta a sus zozobras y sinsabores llenando de significado el mundo que los rodeaba: si el universo tenía sentido, también sus vidas lo tenían.

Hoy, en cambio, árboles, aves, flores y prados han sido despojados de sus almas —esto es, de su voluntad de participar en el drama de los hombres— y ya solo son meras expresiones de la azarosa y ciega lucha darwiniana de los seres por la existencia. En tal sentido, nuestro «desencantamiento del mundo» —seguimos nuestro camino junto a Weber— ha dado lugar a un ser humano que, solo y en un universo indiferente a su destino, se ve obligado a buscar en sí —y en ninguna otra parte— las eventuales razones que determinan el sentido de su existencia. Gracias a Feuerbach, a Nietzsche y a tantos otros, pero, sobre todo, gracias a Freud, nuestros días miran a los dioses y a los sueños como meras instancias simbólicas que materializan nuestros deseos y temores. Y a nadie podemos responsabilizar de nuestra suerte salvo a nosotros mismos o, como mucho, a los demás hombres. La historia, pues, ha sustituido al destino y, por ende, a la tragedia.

Por otra parte, nuestra percepción del pasado romano debe mucho a las aspiraciones, inquietudes y fantasías de lo que es nuestra propia época, un hecho que, por supuesto, no es exclusivo de nuestro tiempo. Cada época, cada generación han fabricado una Roma dis-

tinta, cuyo perfil ha ido variando al compás de las pulsiones de cada uno de los momentos históricos que han vuelto sus ojos hacia ella. Así, junto a la cultura opulenta y capaz de crear el mayor y más duradero espacio de civilización que haya conocido el Viejo Mundo, subsiste también en nuestro imaginario la Roma del desenfreno y las bacanales, un universo que compendia las fantasías del libertino dieciochesco, empeñado en afirmar en el pasado sus ansias de gozar de una sensualidad sin tasa; y también, por supuesto, la Roma malvada, la opresora de los pueblos inocentes y felices, los prístinos representantes de los «buenos salvajes» roussonianos canonizados por el Romanticismo; por no hablar de esa otra Roma, mucho más reciente, de las películas y series de gladiadores, con su apología, infantil y chabacana, de la sangre y los esteroides.

En cualquier caso, lo cierto es que siglos de enseñanza escolar del latín, con su *cum* histórico, su César repartiendo mandobles por las Galias y, sobre todo, su friso heroico de las Lucrecias y los Escévolas, nos han enseñado muy poco sobre quiénes eran los romanos. En efecto: toda aquella retórica solemne, destinada a la formación de pequeños gramáticos, virtuosos y de temple viril, constituye un trampantojo engañoso y legitimador de un cierto pensamiento reaccionario que, sin embargo, oculta la auténtica percepción que Roma tenía sobre la condición humana. No obstante, la responsabilidad de esta pequeña estafa intelectual no ha de ser atribuida a los profesores de latín. Los arquetipos que tantas veces hemos evocado en nuestras clases de la mano de Nepote y Tito Livio eran, en realidad, el reflejo de una astuta campaña propagandística urdida por la propia élite romana, la cual, quizás como ningún otro grupo social en la historia, supo crear un repertorio de

imágenes, eficaces y muy consistentes, de las que se nutrieron las fantasías y ensoñaciones de las generaciones posteriores. Unos ideales que, durante muchos siglos, se enseñorearon de la imaginación de un Occidente necesitado de un pasado ilustre en el que asentar simbólicamente su estar en el mundo. Todo un ejercicio de alucinación retrospectiva autoinducida.

No es este el ámbito para entrar a discutir la eventual consistencia de todas esas imágenes de Roma. Lo importante es señalar aquí que ninguna de ellas va a comparecer en este libro. Con todo, sí resulta preciso recalcar que, por disímiles que sean en apariencia, todas ellas responden a un patrón común, pues unas y otras dan cuenta de una indisimulada voluntad de afirmarse sobre la realidad. Y, en rigor, ese es el papel que Occidente le ha reservado a Roma: en efecto, si Grecia fue instalada en la hornacina sagrada del pensamiento y la reflexión crítica, Roma lo fue en la del ejercicio de la voluntad, una idea que, como ya hemos señalado, descansa en las propias ensoñaciones que los romanos forjaron sobre sí mismos.

Ahora bien: no debemos olvidar que la descripción de un orden de cosas que, en apariencia, da cuenta de la realidad en términos objetivos muchas veces no es sino un destilado de dinámicas sociales de carácter prescriptivo. O, dicho de otra manera, ese afán de poder sobre la vida, ese épico ejercicio de la voluntad está enraizado en la idea —hasta cierto punto paradójica— de que solo aquellos que son capaces de dominarse a sí mismos son los que merecen ejercer su dominio sobre los demás. Esa es la ideología sobre la que descansa —mejor aún, la que predica y consagra— el poder del virtuoso sobre el ruín y, obviamente, el del aristócrata, el varón y el amo sobre el plebeyo, la mujer y el esclavo; esto es, sobre unos seres

inferiores e irracionales que, sometidos a sus deseos y pasiones, como los *indocti incultique* de los denuestos de Salustio, llevan una existencia semejante a la de las bestias, «a las que la naturaleza crio inclinadas a la tierra y siervas de su vientre» (*Conjuración de Catilina* 1, 1). Tal es la razón por la que Roma apostó por canonizar la figura de Catón, el más romano de los romanos y —en su imaginario— el más acabado compendio del triunfo de la voluntad sobre la realidad y la propia vida.

Sin embargo, frente a las poderosas y evocadoras figuras de aquellos férreos tribunos, de los generales victoriosos y de las matronas de virtud inmarcesible, la arqueología, la historia y también la literatura —cuando sabemos leerla— nos permiten atisbar la realidad de otra Roma: un espacio histórico y existencial en el que habitaba una heterogénea y oscura multitud de gentes anónimas, preocupadas por sacar adelante sus vidas y sustraerse a los golpes del destino, por hurtarse a la envidia de sus vecinos y, sobre todo, por poner algún freno a los sinsabores de una vida dura, breve y, muchas veces, sin sentido. Y son precisamente estos romanos —ahora hablamos ya de romanos y no de una Roma idealizada y abstracta— quienes, con sus miedos, sus relatos fantásticos y su peculiar sentido del humor, van a protagonizar este libro.

No obstante, y antes de cualquier otra consideración sobre la cuestión, es preciso que tengamos en cuenta una premisa importante: el hecho de que, salvo contadas excepciones, la práctica totalidad de la literatura latina es obra de un selecto grupo de aristócratas —o de autores de formación y valores aristocráticos— que, obviamente, reflejan en cada una de sus páginas su particular visión del mundo y, sobre todo, su desprecio por las clases sociales inferiores. De ahí, por ejemplo, que